

ESPÍRITU: DIOS ACTUANDO EN LA VIDA

4 de Junio de 2017

Evangelio según JUAN 20,19-23

La nueva Pascua: Creación de la comunidad mesiánica

Ya anocheado, aquel día primero de la semana, estando atrancadas las puertas del sitio donde estaban los discípulos, por miedo a los dirigentes judíos, llegó Jesús, haciéndose presente en el centro, y les dijo:

—Paz con vosotros.

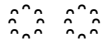
Y dicho esto les mostró las manos y el costado. Los discípulos sintieron la alegría de ver al Señor.

Les dijo de nuevo:

—Paz con vosotros. Igual que el Padre me ha enviado a mí, os envío yo también a vosotros.

Y dicho esto soplo y les dijo:

—Recibid Espíritu Santo. A quienes dejéis libres de los pecados, quedarán libres de ellos; a quienes se los imputéis, les quedarán imputados.



Hablar del «Espíritu Santo» es hablar de lo que podemos experimentar de Dios en nosotros. El «Espíritu» es Dios actuando en nuestra vida: la fuerza, la luz, el aliento, la paz, el consuelo, el fuego que podemos experimentar en nosotros y cuyo origen último está en Dios, fuente de toda vida.

El signo más claro de la acción del Espíritu es la vida. Dios está allí donde la vida se despierta y crece, donde se comunica y expande. El Espíritu Santo siempre es «*dador de vida*»: *dilata el corazón, resucita lo que está muerto en nosotros, despierta lo dormido, pone en movimiento lo que había quedado bloqueado. De Dios siempre estamos recibiendo «nueva energía para la vida»* (Jürgen Moltmann).

Esta acción recreadora de Dios penetra en todos los estratos de la persona.

Despierta nuestros sentidos, vivifica el cuerpo

y reaviva nuestra capacidad de amar. Por decirlo brevemente, el Espíritu conduce a la persona a vivirlo todo de forma diferente: desde una verdad más honda, desde una confianza más grande, desde un amor más desinteresado.



Para bastantes, la experiencia fundamental es el amor de Dios, y lo dicen con una frase sencilla: «*Dios me ama*». Esa experiencia les devuelve su dignidad indestructible, les da fuerza para levantarse de la humillación o el desaliento, les ayuda a encontrarse con lo mejor de sí mismos.

Otros no pronuncian la palabra «Dios», pero experimentan una «confianza fundamental» que les hace amar la vida a pesar de todo, enfrentarse a los problemas con ánimo, buscar siempre lo bueno para todos. Nadie vive privado del Espíritu de Dios. Acogemos al «Espíritu Santo» cuando acogemos la vida. Este es uno de los mensajes más básicos de la fiesta cristiana de Pentecostés.

Déficit de sentido crítico

No corren tiempos propicios para el ejercicio del discernimiento y del sentido crítico. Tendemos más bien a acomodarnos a los cauces que marca el sistema, a las pautas de comportamiento que no generan ningún problema, al pensamiento único que todo lo justifica. El Espíritu anima al discernimiento y al sentido crítico. Y la medida de discernimiento es la opción por el débil. El Espíritu de Jesús, quien entra en ese camino de socorro al débil, es de su comunidad; quien no entra, ha de cambiar para serlo.

Nueva pedagogía: Tanto en el campo educativo como en el vital vamos descubriendo que es necesaria una nueva pedagogía. Estamos arrinconando aquella que provenía más del temor y de la coacción («Quien bien te quiere te hará llorar», «La letra con sangre entra», etc.) para dar más cancha al estímulo, al ánimo, a lo útil que algo resulta para la construcción de la propia persona y aun para la dicha de uno mismo. Esta pedagogía es la que usa el Espíritu de Jesús. El envío en misión de los discípulos es para hacer un trabajo de humanización y de acompañamiento. De Él reciben la fuerza para ser alternativos y el gozo de saber que la plenitud es el horizonte de la vida.

Necesitados/as de aliento

Más que de iluminación ideológica, los creyentes estamos necesitados de aliento. El frío viento de la secularidad puede dejarnos ateridos y sin resuello. Pues bien, el Espíritu derrama aliento en nuestra vida sobre todo por medio de la comunidad cristiana. Ella es amparo y cálido ánimo para quien se siente desfallecer. Por eso, la obra del Espíritu es la comunidad. De ella depende nuestra fe.

«Recibid el espíritu santo.
Y sopló sobre ellos» (Jn 20, 22)



DANOS TU ESPÍRITU

Danos tu Espíritu, Señor.
Donde no hay Espíritu surge el miedo.
Donde no hay Espíritu aparecen los espíritus.
Donde no hay Espíritu la rutina lo invade todo.
Donde no hay Espíritu la esperanza se marchita.
Donde no hay Espíritu no podemos reunirnos en tu nombre.
Donde no hay Espíritu se olvidan las cosas esenciales.
Donde no hay Espíritu la soledad se hace presente.
Donde no hay Espíritu se introducen leyes y normas.
Donde no hay Espíritu el futuro se oscurece.
Donde no hay Espíritu no puede brotar la vida.
Danos tu Espíritu, Señor.

“No asfixiemos a Dios con nuestro deseo de controlar los posibles peligros que imaginamos para nuestra sociedad. Dios nos envía a la intemperie del mundo, no a la cueva de la seguridad”

PARA REFLEXIONAR

- ¿Me abro al viento del Espíritu?
- ¿Cómo lo manifiesto?
- ¿Contribuyo a la construcción del Reino de Dios en el mundo?